



---

**Universidad de Valladolid**

**Facultad de Filosofía y Letras**

**Grado en Historia**

**Expansión y estrategias militares en Castilla  
y León (ss. XI-XIII)**

**M. Luke Jensen Gómez**

**Fernando Arias Guillén**

**Curso: 2019-2020**

## Índice

<b>Introducción</b> .....	1
<b>1. La guerra de desgaste como parte esencial de la estrategia de expansión cristiana en la península durante la Plena Edad Media</b> .....	3
<b>1.1 Los distintos objetivos de las cabalgadas</b> .....	6
<b>1.2. La importancia de la planificación y del tamaño de la cabalgada</b> .....	9
<b>1.2.1. Las pequeñas cabalgadas</b> .....	9
<b>1.2.2. Las grandes incursiones</b> .....	10
<b>2. Los asedios y su papel en Castilla y León durante la Plena Edad Media</b> .....	14
<b>2.1. Las funciones ofensivas y defensivas de las fortalezas</b> .....	15
<b>2.2. La toma del punto fuerte: Diferentes métodos utilizados para su conquista</b>	18
<b>3. La batalla campal en Castilla y León durante la Plena Edad Media</b> .....	24
<b>3.1. La función estratégica de la batalla</b> .....	25
<b>3.2. La batalla y su desarrollo. Los problemas de las fuentes</b> .....	26
<b>3.3. Las tácticas utilizadas para la batalla. La importancia de la caballería pesada</b> .....	29
<b>Conclusión</b> .....	34
<b>Bibliografía</b> .....	36

## **Resumen**

El presente Trabajo de Fin de Grado tiene como objetivo el análisis de las técnicas y estrategias empleadas por los reinos cristianos, en especial Castilla, entre los siglos XI y XIII en la Península Ibérica. De este modo se estudiará individualmente en cada capítulo una metodología diferente, pese a que exista una estrecha relación entre las tres tácticas militares. El primer capítulo se centrará en las cabalgadas, seguido por los asedios y en último lugar se analizarán las batallas a campo abierto. Al mismo tiempo podrá observarse cómo estos modos de hacer la guerra fueron fundamentales para permitir la expansión cristiana y el alejamiento de la frontera frente a las potencias musulmanas.

Palabras clave: Guerra, cabalgada, asedio, batalla, Castilla, Plena Edad Media

## **Abstract**

The present Undergraduate Dissertation aims to analyse the techniques and strategies employed by the Christian kingdoms, specially Castile, between the 11<sup>th</sup> and 13<sup>th</sup> centuries in the Iberian Peninsula. In doing so, each chapter will discuss individually a different methodology, although a close connection exists between all three military tactics. The first chapter will focus on raids, followed by the sieges and, lastly, pitched battles will be analysed. Simultaneously, it can be noted how these methods of doing war were fundamental to allow the Christian expansion and the extension of the frontier against the Muslim polities.

Key words: War, raids, sieges, battles, Castile, High Middle Ages.

## **Introducción**

Hasta la segunda mitad del siglo XX, la historiografía había mantenido que, durante el periodo medieval, la guerra y el resultado de la misma no dependieron de factores tácticos y estratégicos. Autores clásicos en esta materia, como Oman o Delbrück, defendieron en sus estudios que las batallas libradas en este periodo se resolvieron gracias al coraje individual, la habilidad personal de cada combatiente y la superioridad de las armas empleadas por uno u otro bando. Esta línea de pensamiento dejó de lado, por tanto, la idea de que los ejércitos medievales y, sobre todo, los comandantes de estos, alcanzasen la victoria en un conflicto debido a la organización de la hueste, los objetivos, las formaciones o las maniobras; factores que, de manera paradójica, estos propios historiadores reconocen que fueron fundamentales para las victorias de tropas pretéritas, como las romanas. Sin embargo, a partir de las últimas décadas del siglo XX, la historiografía militar cambió su discurso tradicional gracias a una nueva ola de estudios. Estos han permitido desvelar que la estrategia y la táctica durante este periodo medieval jugó un papel fundamental en los conflictos bélicos, por lo que este se ha convertido en un tema que ha sido estudiado cuidadosamente por los investigadores contemporáneos<sup>1</sup>.

En cuanto a la estructuración del trabajo, se ha dividido en tres capítulos, dedicando cada uno de ellos a un método específico de guerrear durante este periodo. Estos capítulos tratan de responder a la pregunta de por qué las estrategias militares, cada una de forma particular aunque también retroalimentándose, fueron fundamentales durante el periodo estudiado y cómo el buen desempeño de las mismas permitió la expansión cristiana y el alejamiento de las fronteras. Estos tres tipos de operaciones, divididos en las cabalgadas, los cercos y asedios y la batalla campal, fueron las formas principales de hacer la guerra en el periodo estudiado. Por lo tanto, tratará de analizarse cuál fue el mecanismo utilizado para que estos métodos mencionados fuesen efectivos. En el primer capítulo se analizará la importancia que las cabalgadas tuvieron a la hora de desgastar un territorio, ya fuese para controlar un espacio determinado o hubiese otros objetivos que motivasen estas incursiones. A su vez, como se verá en el segundo capítulo, estas acciones facilitaron los asedios, que suponían la toma de los puntos

---

<sup>1</sup> García Fitz, 2005: 497-498.

(Para citar este trabajo se han seguido las normas del Anuario de Estudios Medievales, publicado por el CSIC)

fuertes y con ello el verdadero control de un territorio. En el último capítulo se analizarán las batallas y la escasez de estas, exponiendo los problemas y riesgos que las grandes contiendas a campo abierto presentaban tanto para los propios guerreros como para los dirigentes en comparación al beneficio que podía obtenerse gracias a una victoria. Esta serie de realidades en el contexto plenomedieval peninsular condicionaron enormemente los métodos de actuación de los dirigentes militares cristianos.

Sobre la metodología empleada, es pertinente indicar que el grueso de la información se ha obtenido al acudir a las obras principales realizadas por historiadores especializados en estos campos de la historia medieval peninsular, tanto españoles como extranjeros. También se han consultado fuentes primarias como *Las Partidas*, si bien es cierto que la situación actual condicionada por las medidas tomadas a causa del Covid-19 tan sólo ha permitido la consulta de aquellas fuentes documentales disponibles en la red.

Debido a la extensión establecida para el desarrollo de este trabajo, otros factores del mundo militar plenomedieval peninsular analizables se han dejado de lado, pese a tener una estrecha relación con los temas tratados en este estudio, como pueden ser los métodos utilizados por los dirigentes a la hora de reclutar las huestes o la evolución del armamento tanto cristiano como musulmán.

Para concluir esta introducción, creo pertinente indicar que el centro de atención de este estudio ha sido el bando cristiano, en específico el castellano, ya que este ha sido el que se ha analizado con la máxima rigurosidad posible si bien es cierto que se exponen algunos datos sobre el mundo militar musulmán de esta época o de otros reinos cristianos peninsulares, pero, de nuevo, el grueso de este estudio se centra en el reino de Castilla. A pesar de que el interés por este territorio ha sido lo que ha motivado la realización del trabajo, también es cierto que se cuenta una mayor disponibilidad de fuentes para la realización de un análisis de este reino y de los cristianos en general que la existente para estudiar el mundo militar de al Ándalus.

## **1. La guerra de desgaste como parte esencial de la estrategia de expansión cristiana en la península durante la Plena Edad Media**

En el contexto plenomedieval peninsular, al igual que ocurría en otras zonas geográficas, los puntos fuertes, es decir, núcleos fortificados como castillos, ciudades u otras construcciones con defensas efectivas, resultaban esenciales para dominar un territorio. Durante el periodo tratado, la propia guerra dependía del control total de los espacios deseados, para lo cual era esencial la obtención de dichos puntos fortificados. A partir de la adquisición de estos era posible la consecuente expansión territorial, comúnmente hacia el sur cuando se trata el caso castellanoleonés. Sin embargo, los ataques directos sobre estas fortificaciones no supusieron un porcentaje alto de las operaciones militares desarrolladas en el territorio peninsular entre los siglos XI y XIII, algo aplicable tanto al caso cristiano como al musulmán.

Ciertos factores resultaban determinantes para que este tipo de operaciones no se realizasen con frecuencia. En primer lugar, siendo esta realidad de vital importancia para entender la problemática de los asedios y cercos en esta época, es necesario destacar la desigualdad tecnológica existente entre los mecanismos de defensa (representados principalmente mediante los grandes muros de piedra) y los ofensivos. A este primer problema han de sumarse otros, como la dificultad del mantenimiento de tropas estacionadas en el territorio enemigo o la duración de estos asedios, algo que también repercutía negativamente en ese estacionamiento de las huestes. Al contrario de lo que ocurrió en siglos posteriores con el reforzamiento del poder de las monarquías en la Edad Moderna, los ejércitos plenomedievales no eran, por norma general, tropas fijas que estuviesen a disposición de los gobernantes durante todo el año, sino que actuaban de forma temporal en caso de que se las convocase para una campaña<sup>2</sup>. Este complejo proceso suponía un enorme coste económico y una cuidada planificación, que normalmente dependía de una serie de acciones anteriores que permitiesen llevar a cabo un cerco con posibilidades reales de alcanzar el objetivo final.

Por lo tanto, este tipo de ataques directos denominados asedios o cercos fueron comúnmente relegados de forma forzosa a un segundo plano por parte de los dirigentes militares peninsulares. Esto no significa que la cabalgada superase en importancia a los asedios, sino que las cuestiones logísticas de este periodo permitieron un mayor número

---

<sup>2</sup> Powers, 1988: 19.

de cabalgadas que de asedios. El primer método de actuación requería menos capital, tiempo y hombres, pero, sobre todo, suponía un menor riesgo.

Como respuesta a esta superior eficacia de los sistemas defensivos existentes se desarrolló lo que autores como Liddell Hart denominan “estrategia de aproximación indirecta”. Esta actuación militar está representada por las cabalgadas, que suponían incursiones destructivas en el territorio enemigo por parte de huestes de distinta índole en lo referido a su tamaño y composición. Durante el periodo aquí estudiado, estas cabalgadas fueron rutinarias, ocasionando una erosión de los recursos económicos del adversario<sup>3</sup>. Para varios autores, es aquí donde se encuentra la base del desequilibrio político peninsular en favor de los reinos cristianos frente a al Ándalus, y no en las grandes batallas a campo abierto o los asedios<sup>4</sup>.

Importantes dirigentes medievales como Alfonso X dejaron constancia de la preferencia por estas cabalgadas. La eficacia de estas puede interpretarse gracias a textos como *Las Partidas*, obra en la cual se aboga con insistencia por este modo de hacer la guerra, donde se dice que las “*algaras et correrías son otras maneras de guerriar que fallaron los antiguos que eran muy provechosas para facer daño a los enemigos*”<sup>5</sup>. El éxito de las cabalgadas puede resumirse de forma breve en la seguridad que estas representaban en comparación a las otras opciones de guerrear existentes. Esta guerra de desgaste suponía una menor confrontación con el enemigo, arriesgando así las menores vidas posibles. Pero, además, su preparación era sustancialmente más rápida y barata que la necesaria para un enfrentamiento campal o el cerco de una fortificación.

Sin embargo, es necesario tener en cuenta que las cabalgadas no siempre se organizaban con el pretexto de desgastar al enemigo para imponerse políticamente a él. Al contrario, los objetivos de estas incursiones fueron variados<sup>6</sup> y para algunas personas de las zonas fronterizas, generalmente aquellas capaces de permitirse un caballo y el armamento necesario, las cabalgadas eran una forma de subsistir. Pero independientemente de los objetivos que en primera instancia provocasen una cabalgada, es una realidad que las consecuencias de estas influyeron con el paso del tiempo en la ampliación territorial cristiana, pese a que este no siempre fuese el objetivo de estas incursiones.

---

<sup>3</sup> Morillo, 1994: 98.

<sup>4</sup> García Fitz, 1998: 62-63.

<sup>5</sup> *Las Siete Partidas*, Segunda Partida, Título XXIII, Ley XIX.

<sup>6</sup> Morillo, 1994: 102.

De esta forma, la estrategia de aproximación indirecta benefició tanto al sector dirigente de la sociedad, gracias a la expansión que esta estrategia suponía, como al propio guerrero que la desempeñaba, debido a la ganancia personal que obtenía como resultado de una cabalgada. Estas cabalgadas fueron periódicas, respondiendo generalmente a las estaciones climáticas. Frecuentemente se realizaban en primavera o verano, ya que era cuando más botín podía obtenerse y más daño se causaba al enemigo. Es preciso tener en cuenta la realidad de la sociedad de este periodo, muy dependiente de la agricultura. Las estaciones mencionadas suponían la época de cosecha, cuando se realizaba la recolección del fruto aportado por los campos. Además, el clima de estas estaciones también favorecía las propias campañas, ya que no suponía un impedimento tan grande como en otras épocas del año.

Junto a estos factores, es esencial tener en cuenta la realidad social de la época para comprender de forma clara el éxito y la preferencia casi normativa por esta forma de guerrear. Una cabalgada respondía de forma eficaz a las limitaciones que el poder feudal cristiano peninsular sufría. Requería menos hombres que otras estrategias, menos técnica a la hora de actuar y menos tiempo y dinero para organizar la expedición. Pero, además, el éxito de las cabalgadas también radicaba en la eficacia de estas. Si una incursión se realizaba de forma efectiva, algo que no era inusual, los participantes percibían una recompensa inmediata. De igual forma, el patrocinador de la cabalgada ya fuese el mismo monarca o un noble, podía cubrir los gastos de la expedición con el botín obtenido<sup>7</sup>.

El desarrollo de este fenómeno tuvo una consecuencia: el desequilibrio del adversario. Sin embargo, esta era una consecuencia que se hacía observable, por norma general, a medio o a largo plazo, una vez que la insistencia de estas incursiones comenzaba a hacer mella en la sociedad musulmana. La capacidad militar cristiana a partir del siglo XI comenzó a ser más efectiva. El debilitamiento causado por la “Gran Fitna” y la mayor militarización de la sociedad castellanoleonesa supuso una diferenciación significativa entre la efectividad de las incursiones castellanas, de mayor escala y contundencia, y las denominadas “*razzias*” musulmanas. Estas, pese a dañar al enemigo mediante la captura de ganado y esclavos y el saqueo del territorio, no tuvieron la fuerza necesaria para desestabilizar al contrario del mismo modo que en el caso cristiano.

---

<sup>7</sup> García Fitz, 1998: 72-76.

Es necesario señalar que estas incursiones en territorio musulmán no siempre eran ordenadas por el monarca, sino que ciertas ciudades fronterizas o nobles particulares las organizaron también con frecuencia, debido a la actividad económica que estas generaban a costa del deterioro del enemigo. Debido a esto, las huestes pueden diferenciarse, dependiendo de quién las hubiese organizado, en huestes concejiles, nobiliarias, o reales. Como cabe suponer, aquellas convocadas por el monarca fueron, por norma general, en las que más preparación y capital se invirtió. Por el contrario, muchas cabalgadas organizadas por milicias concejiles (en ocasiones desobedeciendo así al monarca) no requerían una gran preparación y apenas actuaban unos pocos días en el territorio atacado.

Hasta el siglo XII, las cabalgadas organizadas por las milicias concejiles fueron muy comunes<sup>8</sup>, sobre todo por aquellas poblaciones situadas en los concejos de las Extremaduras y la Transierra, debido a que estas fueron las zonas fronterizas de esta época. Una vez la frontera avanzó, el alejamiento de esta les restó ese protagonismo a las poblaciones mencionadas. A partir de este siglo, las incursiones militares organizadas por los monarcas comenzaron a cobrar una mayor importancia y profusión. Sin embargo, sabemos que estas cabalgadas “al margen de la ley” siguieron desarrollándose durante el siglo XIII, debido a los encarcelamientos de algunos participantes de estas. Los Milagros romanizados de Santo Domingo de Silos dejan constancia de esta situación, ya que en la obra se narra cómo el Santo liberó a algunos cautivos que estaban presos por haberse dirigido “*a ganar algo contra Granada*”<sup>9</sup>.

### **1.1 Los distintos objetivos de las cabalgadas**

Durante el siglo XI las cabalgadas reales y las concejiles fueron muy similares en cuanto a objetivos, pese a que las primeras fuesen más sofisticadas y contasen con más participantes. El botín suponía el principal incentivo de la empresa. El método de actuación también era similar. La tala de árboles, siega de cosechas, robo de ganados o el incendio de las tierras eran actividades que todas las cabalgadas compartían<sup>10</sup>. También era común la captura de esclavos, de la cual se podía sacar una rentabilidad económica en el futuro. Estas acciones causaban una respuesta similar en todas las poblaciones: El abandono de las tierras por parte de los campesinos y la búsqueda de refugio tras unos muros de piedra. Esta situación se ha denominado “reflejo obsidional”,

---

<sup>8</sup> Powers, 1988: 3.

<sup>9</sup> García Fitz, 1998: 81-84.

<sup>10</sup> Morillo, 1994: 98.

un término acuñado por Gaier y que hace referencia a esa búsqueda automática de refugio ante una amenaza. Esta defensa era proporcionada por las fortalezas que, sin poder impedir el paso del enemigo, sí que era capaz de ofrecer protección a la población.

A partir del siglo XI se popularizó un nuevo método de adquisición económica cuyas bases pueden encontrarse en estas cabalgadas. Este procedimiento consistía simplemente en un acuerdo forzado entre la hueste y el territorio atacado, que se veía obligado a pagar una cantidad acordada a cambio del retiro de las tropas. De esta forma, los agresores obtenían un botín ahorrándose medios, riesgos y tiempo, algo de lo que Fernando I supo sacar provecho en la segunda mitad del siglo XI. Existen evidencias de que la taifa de Badajoz llegó a pagar 5.000 denarios anuales al rey cristiano a cambio de que este no ordenase incursiones de desgaste sobre este reino. Este procedimiento no se diferencia de las parias que muchos reinos se vieron obligados a pagar a los reyes cristianos en los siglos posteriores. En términos de Francisco García Fitz, las parias no son más que una “representación de la amenaza y la capacidad de la guerra de desgaste castellana”<sup>11</sup>.

El beneficio económico no fue el único objetivo perseguido por estas incursiones. En ocasiones, estas cabalgadas se realizaron con la misión de abastecer a un punto fuerte fronterizo o tomado en territorio enemigo, o simplemente para alimentar a una hueste que estuviese actuando en un territorio<sup>12</sup>. En el primero de los casos, estas incursiones eran cortas, denominadas en las fuentes históricas como “*correduras*”. El mal abastecimiento de una hueste en territorio enemigo forzaba la planificación de expediciones cortas y de poco alcance, debido al riesgo que estas suponían al no tener una base fuerte a sus espaldas, un método de actuación claramente descrito en *Las Partidas*<sup>13</sup>.

Otro objetivo común que buscaba propiciar la preparación de una cabalgada era la distracción de un enemigo. En muchas ocasiones, esta situación se daba como respuesta a una acción previa del contrario. Por ejemplo, ante un asedio, fue común el envío de una hueste al territorio enemigo para que este se viese obligado a iniciar una persecución y, con ello, levantase el cerco previo. Un claro ejemplo de esta situación se

---

<sup>11</sup> García Fitz, 1998: 89.

<sup>12</sup> Morillo, 1994: 101.

<sup>13</sup> *Las Siete Partidas*, Segunda Partida, Título. XXIII, Ley XXIX.

dio en 1139, cuando Alfonso VII cercó el castillo de Oreja. Como respuesta a esta situación, los almorávides idearon una incursión en la que las tropas de Córdoba y Sevilla arrasaban las tierras de Toledo y cercarían la capital, con la intención de que esto llamase la atención del rey cristiano y acudiese al rescate de su ciudad. En caso de que esto ocurriese, las tropas de Valencia, algo más retrasadas, tendrían tiempo para desplazarse al castillo de Oreja y destruir el campamento del rey Alfonso. Sin embargo, en este caso el plan almorávide falló, ya que las tropas cristianas se mantuvieron firmes confiando en que el contingente musulmán no tenía la fuerza necesaria para presentar una amenaza real a Toledo, lo cual se probó cierto<sup>14</sup>.

Otras incursiones podían realizarse con el simple objetivo de castigar a un enemigo que no hubiese cumplido un acuerdo o incluso a un aliado que no se hubiese mostrado fiel<sup>15</sup>. En otras ocasiones, las incursiones podían servir como un método muy eficaz de desestabilización de un enemigo, algo que Alfonso VII utilizó con frecuencia. Entre los años 1130 y 1145 se vivió uno de los periodos más violentos en la historia medieval peninsular, debido a la intensa guerra de desgaste que se llevó a cabo contra las tierras musulmanas. En el año 1138 se registraron hasta cuatro incursiones, lo cual no significa que no pudiese haber habido más de menor importancia que no quedasen registradas. Algunas de ellas fueron encabezadas por el propio rey. Pese a que estas acciones militares no supusiesen grandes incorporaciones territoriales, sí que tuvieron un efecto importante en el escenario político del momento. Provocaron grandes tensiones entre los dirigentes almorávides y el sector andalusí, lo cual, muy posiblemente, fuese uno de los objetivos principales de estas incursiones. Sabemos que entre 1134 y 1135 hubo hasta tres sublevaciones populares en el territorio musulmán, que sin duda debieron de encontrar parte de su origen en el constante castigo que los cristianos infligían<sup>16</sup>.

El último objetivo que aquí se tratará es la cabalgada como un preparativo previo para establecer un cerco. En este tipo de situación, la quema y destrucción sistemática de un territorio preestablecido se realizaba debido a la conexión que este tenía con un punto fuerte cercano. Esta devastación suponía un aislamiento de la fortaleza, ciudad, etc., que limitaba enormemente su subsistencia y sus opciones de aguantar un cerco<sup>17</sup>.

---

<sup>14</sup> García Fitz, 1998: 102-103.

<sup>15</sup> Morillo, 1994: 101.

<sup>16</sup> García Fitz, 1998: 113.

<sup>17</sup> Morillo, 1994: 100.

Durante este periodo, las cabalgadas previas a los cercos fueron un *modus operandi* muy común, observable en grandes asedios como la toma de Toledo. En este caso, las tierras circundantes de la urbe habían sufrido un deterioro causado por las huestes cristianas, tomándose la población vecina de Coria ya en el año 1080<sup>18</sup>, sin que se hubiese comenzado a preparar un cerco a la futura capital aún (la toma de la ciudad ocurrió en el año 1085)<sup>19</sup>. La importancia de esta devastación previa para la conquista de un territorio era tan esencial que, en ocasiones, el cerco (normalmente la operación final) no llegaba a producirse. Por el contrario, la población atacada aceptaba la victoria enemiga a cambio de poder seguir residiendo en el lugar bajo un nuevo liderazgo<sup>20</sup>.

Cuando se estudian los objetivos de las cabalgadas, también es necesario tener en cuenta que ciertos fines no excluían a otros, sino más bien ocurría lo contrario. Al realizar una cabalgada, podían cumplirse varios objetivos al mismo tiempo, como la obtención de alimentos, la preparación de un cerco y el debilitamiento moral del enemigo, todo gracias a una misma acción.

## **1.2. La importancia de la planificación y del tamaño de la cabalgada**

Pese a que estas expediciones supusiesen un menor riesgo que el enfrentamiento abierto contra otra hueste enemiga o el asedio de un punto fuerte, las cabalgadas como forma de hacer la guerra seguían siendo algo muy peligroso para sus participantes<sup>21</sup>. Las diferencias organizativas dependieron en gran medida del tamaño de estas cabalgadas.

### **1.2.1. Las pequeñas cabalgadas**

Aquellas incursiones más cortas y rápidas, que son consideradas como las cabalgadas más pequeñas, se denominaban *correduras*<sup>22</sup>. Estas incursiones en el territorio enemigo trataban de realizarse de forma desapercibida, por lo que se rehusaba el conflicto armado a toda costa y era esencial permanecer encubierto. Por esta razón fue común el uso de guías que conociesen el terreno pertinente. El equipo transportado por los participantes debía ser ligero, al igual que las provisiones necesarias. Debido a estas circunstancias, el radio de acción de las *correduras* era necesariamente reducido, por lo que estas incursiones no afectaban a terrenos demasiado alejados del punto de partida de la tropa. Una vez se llegaba al destino, se producía una división de hombres,

---

<sup>18</sup> Powers, 1988: 20.

<sup>19</sup> García Fitz, 1998: 120.

<sup>20</sup> García Fitz, 1998: 125.

<sup>21</sup> Morillo, 1994: 32.

<sup>22</sup> García Fitz y Gouveia Monteiro, 2018: 66.

en la que un grupo preestablecido de *algareadores* llevaba a cabo el hurto del bien deseado. En caso de que esto ocurriese en una villa, el ataque a la misma debía ser rápido, con una permanencia corta de la tropa en el lugar para que los habitantes de la zona atacada no tuviesen tiempo de organizar una respuesta armada. Las retiradas siempre debían ser rápidas igualmente, por lo que fueron normalmente inseguras y peligrosas<sup>23</sup>.

Pese a que estos ataques trataban de eludir el conflicto armado en la medida de lo posible, no siempre podía evitarse la batalla. La mayoría de los conflictos armados, como podrá verse más adelante, no ocurrían porque se buscara esta solución a un conflicto entre dos fuerzas. Sucedían cuando la respuesta organizada por un territorio atacado alcanzaba a la hueste incursora mientras ésta se retiraba con el botín<sup>24</sup>. Algunas de estas persecuciones, que no fueron para nada excepcionales, llegaron a alargarse notablemente en el tiempo. Un claro ejemplo de esta situación puede observarse con Sancho Jimeno, capitán de las milicias del concejo de Ávila a mediados del siglo XII. En una de sus expediciones a Sevilla, este capitán, conocido como “el Giboso”, fue perseguido por las tropas organizadas en Sevilla durante un periodo de seis días, recorriendo en este tiempo cerca de 300 kilómetros hacia el norte. Este caso, pese a reflejar esas persecuciones a los *algareadores*, es particular debido al enorme botín obtenido en esa ocasión, en la que se cree, según una fuente musulmana, que la milicia abulense había robado a los musulmanes cerca de 5.000 ovejas, además de 2.000 vacas y esclavos. Tras la ardua persecución, las tropas sevillanas alcanzaron al castellanoleonés y le dieron muerte, enviando su cabeza de vuelta a Sevilla<sup>25</sup>.

### **1.2.2. Las grandes incursiones**

Al igual que ocurre en el caso anterior, el número de hombres que componían estas huestes fue variable. Lo que caracteriza a estas cabalgadas es la capacidad que tuvieron para debilitar económicamente el lugar sobre el que actuaban, independientemente de que esto se hiciese siguiendo una motivación política o no. Por lo tanto, pese a que el método de actuación fuese similar, pero a mayor escala, el daño producido era más grave. Otras características que separan estas operaciones de las comentadas en el apartado anterior son su preparación y dirección. Debido al mayor número de hombres necesario para la cabalgada y el tiempo que la tropa pasaría en el

---

<sup>23</sup> García Fitz, 1998: 132.

<sup>24</sup> García Fitz, 1998: 133.

<sup>25</sup> Powers, 1988: 46-7.

territorio enemigo, factores como el cuidado y la elaboración de estas operaciones debían tratarse con mayor rigurosidad. Por esta razón, las incursiones requerían de mejores militares que fuesen capaces de organizar una hueste de manera efectiva con la antelación necesaria<sup>26</sup>.

En contraposición a las pequeñas cabalgadas que eran concejiles, o simplemente organizadas por aldeanos individualmente, las grandes cabalgadas fueron más heterogéneas. Estas tropas eran organizadas por instituciones con un poder significativo. Por lo tanto, podían estar compuestas por las huestes de aquellos nobles que tuviesen una cantidad de tierras destacada, por soldados enviados directamente por un monarca, por órdenes militares o fuerzas de la Iglesia como obispos o abades. También entran en esta categoría de grandes cabalgadas las milicias concejiles, cuando estas reunían a un número de hombres importante<sup>27</sup>.

Nunca está de más recordar la falta de fuentes fiables en lo referido al número de participantes, por lo que toda apreciación numérica respectiva a esta cuestión es dudosa. De manera generalizada, puede decirse que una cabalgada era grande cuando en su hueste se superaban los 50 hombres. Pero algunas huestes fueron mucho más numerosas. Las de mayor importancia y planificación llegaron a contar con uno o dos millares de caballeros, que viajaban y actuaban acompañados por un número significativo de peones que podía duplicar o triplicar al de los caballeros<sup>28</sup>.

La doble composición de estas incursiones es una característica que también diferencia a las grandes cabalgadas de las pequeñas. Esta dualidad separaba a los caballeros de los peones, quienes, pese a retrasar la velocidad de las incursiones, eran necesarios para la realización de múltiples tareas como la vigilancia, la custodia del botín durante la marcha o la tala y destrucción de los terrenos afectados. El número de estos peones es difícil de averiguar, pero parece probable que viajasen uno o dos peones por cada caballero<sup>29</sup>.

Es poco común que estas cabalgadas superasen las tres semanas de duración, pero hay constancia de incursiones, sobre todo las dirigidas por monarcas, que superaron este periodo de permanencia, debido a la gran destrucción deseada en un territorio. Un claro ejemplo de este caso puede estudiarse en la campaña de destrucción

---

<sup>26</sup> García Fitz, 1998: 136.

<sup>27</sup> García Fitz, 1998: 137.

<sup>28</sup> García Fitz, 1998: 138-139.

<sup>29</sup> García Fitz, 1998: 140.

ordenada y encabezada por Alfonso I el Batallador de Aragón entre los años 1125 y 1126 por el valle del Ebro. En esta expedición militar, el monarca aragonés se internó en los territorios dominados por al-Ándalus durante casi un año. Sin embargo, este caso es excepcional, ya que pudo realizarse gracias al apoyo recibido por los mozárabes que habitaban en el territorio, lo que permitió un avituallamiento necesario de las tropas y una larga permanencia en el territorio enemigo. Sin un apoyo interno, era complicado atacar más de 10 semanas un territorio<sup>30</sup>.

En toda cabalgada, pero con más importancia en las grandes incursiones, el caudillo de la hueste debía ser considerado de la misma forma que un rey en su reino. El éxito de la empresa dependía de la obediencia y de la disciplina de los componentes del contingente, por lo que se establecieron duras penas para aquellos que desobedeciesen órdenes<sup>31</sup>. El *Espéculo* ejemplifica esta situación, ya que ahí se determina la pena de muerte para aquellos miembros de la hueste que atacasen al caudillo y el destierro para quien lo deshonrase<sup>32</sup>. Esta disciplina no sólo debía mantenerse durante el saqueo de un territorio, también durante la marcha, cuando la columna de hombres era más vulnerable<sup>33</sup>.

La duración de estas expediciones requería tener en cuenta y planificar los estacionamientos de las tropas. Por esta razón, se realizaba una castrametación del territorio señalado y se establecía un punto fuerte improvisado en el mismo, que pasaba a ser el centro de operaciones del cual salían las algaras para buscar alimento y cometer acciones de destrucción y saqueo. A su vez, estos puntos fuertes tenían sus reglamentaciones y defensas bien definidas, lo cual dejaba establecido la vigilancia de estos campamentos y las distintas normas que debía seguir la tropa. Las algaras que se enviaban desde estos centros de operaciones se supervisaban por el caudillo, que era el encargado de ordenarlas desde un principio<sup>34</sup>.

Pese a que las grandes cabalgadas se estableciesen durante un periodo de tiempo más largo que las pequeñas en el territorio enemigo, cuanta más duración tuviese la incursión, más tiempo de preparación tenían los dirigentes del lugar atacado. La noticia de la llegada de una hueste llevaba consigo la huida y la búsqueda de refugio de los

---

<sup>30</sup> García Fitz, 1998: 143-144.

<sup>31</sup> Smail, 1956: 157-58.

<sup>32</sup> *Espéculo*, Lib. III, Tít. VI, ley X.

<sup>33</sup> Smail, 1956: 159.

<sup>34</sup> García Fitz, 1998: 157.

habitantes de ese lugar, pero el paso del tiempo permitía analizar la situación y, en ocasiones, contraatacar si se percibía una posibilidad de victoria. Es por esta razón por la que la mayoría de las batallas plenomedievales, en el contexto castellanoleonés, ocurrieron al final de las estancias de las huestes o durante la retirada de estas<sup>35</sup>.

Para concluir el capítulo, es preciso indicar de nuevo que el objetivo de las cabalgadas no siempre fue el dominio de un territorio. Sin embargo, cuando sí se organizaban con un motivo político, el tamaño de estas incursiones fue mayor. Para ello la estacionalidad era importante, ya que en primavera y verano el daño producido era mayor. La desolación que las cabalgadas producían fue en muchos casos la preparación previa para la toma de un punto fuerte, ya que facilitaban la realización de estas complicadas empresas militares.

---

<sup>35</sup> García Fitz, 1998: 168.

## **2. Los asedios y su papel en Castilla y León durante la Plena Edad Media**

Los puntos fuertes representaron durante la Edad Media el dominio de un territorio<sup>36</sup>. La toma de estos estuvo estrechamente ligada con las cabalgadas, ya que los elementos defensivos, representados fundamentalmente por las murallas, suponían por sí mismos una defensa enormemente efectiva<sup>37</sup>. La tecnología ofensiva medieval, como se verá en este apartado, no era capaz por sí sola de superar con facilidad estos grandes muros de piedra. Es por esta razón por la cual el debilitamiento previo de un territorio fue casi rutinario antes de establecer un asedio cuando se estudian las guerras castellanoleonesas de los siglos plenomedievales.

Esta situación se ha denominado por algunos historiadores como “guerra de posición”, un término que engloba tanto a los asedios de puntos fuertes como a las cabalgadas destinadas a debilitar estos. Estos dos modos de hacer la guerra, aquí descritos, supusieron un porcentaje muy alto de la guerra total llevada a cabo en el contexto tratado<sup>38</sup>. Esto se contrapone y desmiente la idea generalizada de la proliferación de grandes batallas en la Edad Media peninsular, algo que no ocurrió de forma común y que los propios dirigentes evitaron con regularidad, lo que se tratará más adelante.

El proceso de desgaste previo mediante las cabalgadas y la devastación del terreno permitían que la toma del punto fuerte fuese más sencilla, la cual se llevaba a cabo comúnmente mediante las capitulaciones, aunque este no fuese el único modo. Cuando se poseía el punto fuerte, se obtenía el control efectivo del territorio<sup>39</sup>, lo cual suponía un control político, pero también económico y administrativo, además de psicológico. Por esta razón, la toma de un punto fuerte era el principal objetivo de la guerra<sup>40</sup>.

---

<sup>36</sup> Smail, 1956: 206.

<sup>37</sup> Morillo, 1994: 36.

<sup>38</sup> García Fitz, 1998: 173.

<sup>39</sup> Morillo, 1994: 96.

<sup>40</sup> Smail, 1956: 138.

## 2.1. Las funciones ofensivas y defensivas de las fortalezas

Los puntos fuertes, en este contexto, hacen referencia a cualquier fortificación medieval con unas defensas efectivas. Estos permitían el almacenamiento de víveres, armas y hombres de una forma segura. El papel de estas edificaciones en la guerra fue fundamental, siendo las fortalezas lo primero que se abastecía en un contexto bélico<sup>41</sup>. La vital importancia de estos puntos fuertes para asegurarse el éxito militar resulta evidente para contemporáneos como don Juan Manuel o los juristas alfonsinos<sup>42</sup>.

Uno de los papeles fundamentales que estas edificaciones tuvieron en el ámbito de la guerra fue la protección que otorgaban a la población. Además de la defensa efectiva que proporcionaban las murallas, producían un efecto psicológico de seguridad para los pobladores que viviesen cerca de la estructura<sup>43</sup>. Esto ocurría hasta el punto de que, entre los siglos XI y XIII, el método de actuación de una población ante un ataque enemigo (comúnmente producidos mediante cabalgadas) era refugiarse tras las murallas. Esto ocurría tanto en el territorio cristiano como en el musulmán, donde los habitantes transportaban con ellos todos los bienes que pudiesen llevar y dejaban sus tierras a merced de los atacantes. Algo similar ocurría en los alcázares de las ciudades cuando estas sufrían un ataque, ya que estas fortificaciones constituían el punto fuerte de la urbe.

La enorme efectividad de la función defensiva de las murallas ha quedado constatada en múltiples ocasiones durante la historia medieval. El esfuerzo humano y material requerido por los defensores era mucho menor que el necesario por los atacantes para superar las defensas que constituían las murallas<sup>44</sup>. Un ejemplo de esta situación puede estudiarse con el caso de García Jiménez, un noble castellano que se adentró en el territorio de al-Ándalus en 1086 aprovechando la situación de debilidad de las taifas en ese momento. Con su hueste consiguió tomar el castillo Aledo, ubicado en la región de Murcia y, por lo tanto, muy alejado de la frontera cristiana en ese momento (a varios centenares de kilómetros). Sin embargo, una vez tomado el castillo, comenzó a actuar desde el punto fuerte y llevar a cabo incursiones de depredación en los alrededores durante años. Finalmente, los almorávides, con ayuda de otras taifas, cercaron el castillo. Pese a la enorme cantidad de hombres y constantes ataques a las

---

<sup>41</sup> Morillo, 1994: 94.

<sup>42</sup> García Fitz, 1998: 177-178.

<sup>43</sup> García Fitz, 1998: 180.

<sup>44</sup> García Fitz, 1998: 185-186.

murallas, además del aislamiento en el que se encontraba la guarnición cristiana, Jiménez consiguió aguantar su posición hasta el año 1092. La presión ejercida por la llegada de las tropas almorávides y el aislamiento del castillo le obligó a retirarse con sus tropas al territorio castellano a causa del hambre, tras haber causado enormes estragos y desestabilidad política a kilómetros de la frontera<sup>45</sup>.

Este ejemplo, junto con muchos otros, permite apreciar la enorme efectividad defensiva que suponían las murallas de piedra. Con hombres y provisiones, estas edificaciones resultaban enormemente difíciles de tomar. Los medievalistas han estudiado estas funciones defensivas y todo indica que los castillos no actuaban en conjunto, es decir, no se establecían redes de defensa en las fronteras que actuaran de forma efectiva entre sí<sup>46</sup>. Los testimonios no revelan que las líneas fronterizas defendidas por los castillos permitiesen detener las llegadas de contingentes, sino todo lo contrario, parece ser que las idas y venidas de tropas enemigas eran comunes, sin que los señores de los castillos pudiesen evitar este movimiento de tropas<sup>47</sup>. Por lo tanto, la defensa ofrecida por los puntos fuertes era efectiva sobre los pobladores que se encontrasen en su interior y los bienes que ahí se guardasen. La zona exterior del castillo quedaba desamparada ante el enemigo, ya que, para defenderla, sería necesario que las tropas saliesen del punto fuerte, perdiendo así la enorme defensa ofrecida por los muros de piedra.

La efectividad de las murallas también se ve reflejada en la poca cantidad de defensores que estas guarniciones tenían. En la segunda mitad del siglo XII, los principales castillos controlados por la Orden de Calatrava, orden nacida en el año 1158<sup>48</sup>, tan solo estaban defendidos por pequeñas guarniciones de entre 30 y 40 hombres<sup>49</sup>, de las cuales quizás un tercio o un cuarto eran caballeros. Estas pequeñas guarniciones prueban que no se buscaba evitar el paso de las huestes, por lo que una línea fronteriza formada por castillos no siempre permitía el paso de las huestes enemigas<sup>50</sup>. Sin embargo, como ya se ha comentado, estos puntos fuertes sí que suponían el control real de un territorio, por lo que un mayor número de fortificaciones suponía una mayor dificultad para el enemigo a la hora de controlar ese lugar. Esta

---

<sup>45</sup> García Fitz, 1998: 186.

<sup>46</sup> García Fitz, 1998: 191.

<sup>47</sup> Smail, 1956: 140.

<sup>48</sup> Powers, 1988: 40.

<sup>49</sup> García Fitz, 1998: 195.

<sup>50</sup> Smail, 1956: 60.

situación puede observarse en el contexto peninsular al estudiar la línea del río Tajo, cuya geografía estuvo dominada por castillos al ser una zona fronteriza. Tras la pérdida musulmana de Toledo en el año 1085<sup>51</sup>, no volvió a tomarse esta ciudad pese a las campañas realizadas por las tropas almorávides recién llegadas a la península<sup>52</sup>. Cien años más tarde las campañas de al-Mansur tras la victoria de Alarcos, entre 1195 y 1196, tampoco consiguieron tomar las grandes fortalezas del Tajo pese a realizar grandes devastaciones en el territorio<sup>53</sup>.

Pero además de esta función claramente defensiva, las fortalezas también jugaban un papel importante en el contexto ofensivo<sup>54</sup>. De hecho, fue común que esta fuese su función más utilizada, debido al bajo número de cercos. El término “*guerrear desde un punto fuerte*” fue utilizado por varios contemporáneos como Alfonso X en *Las Partidas*<sup>55</sup>. Esta expresión refleja el papel de la fortaleza como una base de operaciones para las huestes. La defensa proporcionada por las murallas permitía un lugar seguro de descanso para las tropas y para almacenar y suministrar los bienes<sup>56</sup>, pero también suponía un punto de partida y de regreso para las campañas de devastación llevadas a cabo en las cabalgadas. Esto ya se ha ejemplificado con el caso de Aledo y cómo esta fortificación aislada en el territorio enemigo supuso un punto de partida para las actividades ofensivas cristianas.

Por lo tanto, puede afirmarse que las funciones ofensivas fueron más comunes que las defensivas, A medida que avanzó la frontera, las funciones defensivas de esas fortificaciones desaparecieron en los territorios cristianos, ya que esos emplazamientos dejaron de estar en peligro, por lo menos frente a las fuerzas musulmanas<sup>57</sup>. Las funciones ofensivas fueron más regulares, ya que los castillos siguieron utilizándose como centros de operaciones para las huestes.

---

<sup>51</sup> García Fitz y Gouveia Monteiro, 2018: 4.

<sup>52</sup> Powers, 1988: 20.

<sup>53</sup> Powers, 1988: 51.

<sup>54</sup> Morillo, 1994: 95.

<sup>55</sup> García Fitz, 1998: 204.

<sup>56</sup> Morillo, 1994: 94.

<sup>57</sup> Powers, 1988: 20-21.

## 2.2. La toma del punto fuerte: Diferentes métodos utilizados para su conquista

El cerco de cualquier punto fuerte suponía, por lo general, el último estadio de la guerra de desgaste. De esta acción dependía la expansión territorial real y la conquista de una zona. Los métodos para hacerse con una fortificación fueron varios, como se verá a continuación.

La manera más eficaz, debido a la rapidez con la que se podía tomar un punto fuerte, es la denominada expugnación “*a furto*”. Sin embargo, la efectividad de esta técnica dependía de varios factores. Este tipo de asalto debía realizarse por gente preparada para la labor, debido al riesgo de la misión. La expugnación *a furto* suponía la toma rápida de un punto fuerte normalmente al amparo de la noche, haciéndose en silencio y de manera encubierta. Se dependía en gran manera de la suerte y de la efectividad de los hombres, por lo que el riesgo era bastante alto. Por lo general se utilizaba contra pequeñas fortalezas, ya que el número de soldados para estas operaciones no era elevado. Pocos cristianos destacaron en esta técnica tanto como el caballero portugués Geraldo *Sempavor*. La documentación muestra cómo, entre los años 1165 y 1169, este militar consiguió tomar 10 fortalezas utilizando este arriesgado mecanismo. Para poder llevar cabo la misión era fundamental el uso de escalas de madera o cuerdas, que permitían sobrepasar la defensa de las murallas.

Por otro lado, y partiendo de que este método tampoco fue algo común, puede hablarse de la expugnación de un punto fuerte por la fuerza. La rapidez en estos casos también era fundamental, ya que era preciso hacerse con la fortificación previamente a la llegada de una ayuda externa. En estas ocasiones el número de hombres necesario era más alto, ya que no se contaba con el factor sorpresa ni el encubrimiento. La efectividad de este método no era alta, y el coste de vidas y bienes era elevado. Existen varios ejemplos de fracasos en el intento de expugnaciones a la fuerza, como en el caso de la toma de Jaén en 1230 por Fernando III<sup>58</sup>. Sin embargo, sí que hay constancia de numerosas tomas de ciudades utilizando este método. Tan solo en 1147, Almería y Lisboa se tomaron a la fuerza<sup>59</sup>. En este tipo de expugnaciones fue común el uso de máquinas de asedio. En contra de la concepción actual que se pueda tener de estas herramientas destinadas para la guerra, cuando se estudia el caso pleno medieval

---

<sup>58</sup> Powers, 1988: 59.

<sup>59</sup> García Fitz y Gouveia Monteiro, 2018: 85.

castellano leonés es frecuente encontrarse con una idea establecida entre los contemporáneos sobre de estas máquinas: Estos fueron bastante conscientes de las limitaciones que estos artilugios tenían, como puede observarse en *Las Partidas*<sup>60</sup> o en ciertos testimonios de don Juan Manuel. Cuando se consultan estas fuentes, se observa cómo los denominados trabuquetes, castillos de madera, gatas, bezones, minas o sarzos (distintas máquinas de guerra) tenían una mayor efectividad en el ámbito psicológico por el miedo causado en el enemigo que en la propia utilidad para superar la defensa de los muros. Todo indica que estas máquinas de guerra eran fáciles de destruir por los defensores, quienes se centraban en estos objetivos durante el transcurso de los asedios a la fuerza. Para ello fue común el uso de proyectiles de fuego, ya que su estructura era de madera. Pero, además, la técnica de estas herramientas no era demasiado efectiva, siendo normal que las torres o castillos de madera se atascasen, como ocurrió durante la toma de Lisboa. Un testimonio de este caso dejó constancia de cómo “*se les quebrantauan los engennos a la segunda o tercera piedra que tirauan*”<sup>61</sup>.

En definitiva, este tipo de expugnación era de un gran riesgo, ya que suponía numerosas bajas humanas debido a la propicia posición defensiva con la que contaban los cercados. Desde la altura ofrecida por los muros, era más sencillo para este bando impactar al enemigo con saetas o piedras, que en ocasiones podían ser “*tan espesas como la lluvia*”. Por esta razón, fue común que se compensase económicamente a aquellos soldados de la hueste que atacasen en primera línea con una mayor parte del botín<sup>62</sup>, ya que esto suponía un enorme riesgo.

Cuando se aborda el tema referido al cerco y expugnación de fortificaciones medievales, es necesario estudiar la técnica del bloqueo. En ocasiones, esta se llevaba a cabo cuando la expugnación por la fuerza era repelida de manera efectiva por los cercados. Otras veces, se elegía este método directamente, sin arriesgar una toma rápida del punto fuerte, sobre todo cuando el peligro de una ayuda externa era menor. A finales del siglo XI, el Cid, tras perder varios soldados intentando tomar la ciudad de Valencia por la fuerza, optó por el bloqueo del lugar. En este caso, al igual que en la amplia mayoría de cercos, el bloqueo no buscaba las bajas por desnutrición, falta de agua o enfermedades, algo que sin embargo ocurría con regularidad. Lo que la hueste atacante necesitaba era la rendición del lugar mediante la capitulación. El cerco o bloqueo fue el

---

<sup>60</sup> *Las Siete Partidas*, Segunda Partida, Título XXIII, Ley XXIV.

<sup>61</sup> García Fitz, 1998: 238.

<sup>62</sup> García Fitz, 1998: 239-240.

método más utilizado a la hora de hacerse con un punto fuerte, debido a que el riesgo de bajas era menor para ambos bandos. Esto trataba de realizarse en el menor tiempo posible, por lo que la victoria dependía en gran medida de la capacidad que la hueste tuviese de aislar de forma efectiva ese lugar<sup>63</sup>. Para ello era necesario impedir la entrada y salida de personas, al igual que aislar política y militarmente ese núcleo. Esto significa que debía impedirse a toda costa la llegada al campamento de un ejército enemigo de socorro, del que los cercados dependían casi exclusivamente para su salvación.

Es pertinente resaltar otros peligros a los que la hueste sitiadora se veía expuesta durante la técnica del bloqueo. Si los cercados no veían otra opción de salvación, ellos mismos podían realizar ataques en campo abierto contra el enemigo que rodeaba su núcleo. Normalmente, estas salidas eran pequeñas, con un objetivo específico que beneficiase su situación, como la destrucción de recursos o máquinas de asedio concretas. Estos ataques recibían el nombre de “*espolonadas*” y solían realizarse cuando las tropas enemigas estaban más inactivas. Un ejemplo de una espolonada efectiva puede estudiarse en el caso de Valencia en el año 1094. En esta ocasión, la ciudad, en manos cristianas, se encontraba cercada por las tropas almorávides. Como respuesta, el Cid organizó un ataque nocturno contra el campamento enemigo. Tras un ataque y retirada rápida, los musulmanes persiguieron a las tropas del Campeador hasta la fortaleza. Sin embargo, un contingente cristiano había permanecido oculto fuera de la ciudad, que aprovechó la ocasión para arrasar el campamento enemigo y debilitar la situación de los cercadores.

Otro ejemplo, en este caso de fuera de la península, refleja esta situación extrema. En junio del año 1098 los francos de la Primera Cruzada habían tomado la ciudad de Antioquía. Pocos días después, el general turco Kerbogha llegó con su hueste para sitiar a los cristianos. Cuando la situación resultó insostenible para los francos, el líder cruzado Bohemundo I de Tarento lideró el ataque de las tropas cruzadas contra los cercadores. Las fuerzas cristianas salieron en cuatro divisiones y por una sola puerta, consiguiendo el líder cruzado reorganizar a la hueste rápidamente una vez esta estuvo fuera, formando una línea de soldados menos vulnerable que la columna inicial<sup>64</sup>.

Las espolonadas, por tanto, fueron el último recurso de los atacados cuando no existía una posibilidad real de refuerzos. Además, era una estrategia que sólo podían

---

<sup>63</sup> García Fitz, 1998: 242.

<sup>64</sup> Smail, 1956: 173.

permitirse las grandes ciudades. Las pequeñas fortalezas, por el contrario, no debían realizar estos ataques tan arriesgados. Muchos juristas alfonsinos llegaron a considerar un acto de traición el desempeño de esta estrategia por parte de los alcaides de pequeñas fortalezas, como recogían el *Espéculo* o *Las Partidas*<sup>65</sup>, lo que refleja el enorme riesgo que esto suponía y la alta posibilidad de perder el punto fuerte.

Como respuesta a estos peligros a los que las huestes cercadoras se veían expuestas, existieron unos mecanismos de defensa. El campamento donde permanecían los hombres se rodeaba con una zanja, que a su vez permitía controlar a los propios hombres que ahí se encontraban, impidiendo que saliesen sin órdenes previas<sup>66</sup>. También se construían otras estructuras defensivas, como *palenques* o *cadalsos*, junto a “*atalayas* y *escuchas*”, cuya función era la vigilancia de los movimientos enemigos. Al igual que ocurría durante el transcurso de las cabalgadas, la obediencia durante los asedios o cualquier otra forma de expugnación de un punto fuerte era fundamental, existiendo duros castigos para aquellos que no siguiesen las indicaciones del caudillo.

Además, cuando era necesario, las huestes acampadas realizaban operaciones militares durante el asedio de un punto fuerte. Volviendo al caso valenciano, esta situación puede estudiarse gracias a la documentación existente del Cid. En 1093, mientras el noble castellano cercaba Valencia, las huestes llevaron a cabo dos algaras diarias, una a la luz del día y otra nocturna, con el objetivo de correr los alrededores de la ciudad y destruir las poblaciones cercanas. A su vez, esta actividad permitió al ejército capturar a labradores y forzarlos a que cosechasen bienes para alimentar a las tropas. Esto permitió mantener el asedio durante un largo periodo de tiempo. El bloqueo efectivo de la ciudad consiguió que la hambruna forzase la capitulación de los habitantes. El Campeador quemó a aquellos que trataban de huir, por lo que muchos ciudadanos salieron para rendirse y ser convertidos en esclavos. A la ciudad llegaron traficantes de esclavos de diversos lugares. En junio de 1094, la ciudad estaba rendida<sup>67</sup>.

Pero, generalmente, las capitulaciones producidas debido a la presión ejercida por un asedio se resolvían en menos tiempo. Una vez se conseguía aislar un punto fuerte cualquiera y se cortaba el riego de suministros a su interior comenzaban los acuerdos de la capitulación. La condición fundamental que buscaban conseguir los asediados era

---

<sup>65</sup> *Espéculo*, Lib. II. Tít. VII, Ley IV. *Las Siete Partidas*, Segunda Partida, Título XVIII, Ley XIII.

<sup>66</sup> García Fitz, 1998: 250.

<sup>67</sup> García Fitz y Gouveia Monteiro, 2018: 56.

mantener sus vidas<sup>68</sup>. Como cabe esperar, bloquear una ciudad era de una gran dificultad, ya que los puntos de entrada y salida eran más numerosos y el control de estos podía ser realmente complicado. Esto puede observarse en el caso de la ciudad de Sevilla, la cual se bloqueó entre los años 1247 y 1248 por orden del rey castellano Fernando III. Múltiples puntos fuertes, como Alcalá de Guadaíra o Alcalá del Río<sup>69</sup>, rodeaban la ciudad y podían dificultar la gran empresa castellana. Por ello, los dos años previos al asedio se aisló Sevilla progresivamente mediante la toma de estas pequeñas fortificaciones. Pero aún todavía existía la posibilidad de la llegada de un ejército aliado procedente del Magreb que podría socorrer a la ciudad llegando por el río Guadalquivir. Para evitar esta situación el rey encargó al marino y militar castellano, Ramón Bonifaz<sup>70</sup>, bloquear la entrada fluvial con la flota del Cantábrico. Esta situación desembocó en batallas navales por el control del paso del río, pero el bloqueo consiguió hacerse efectivo.

Por lo tanto, puede afirmarse que la llegada de un ejército externo de socorro suponía un factor claramente decisivo para el resultado del bloqueo de un punto fuerte. En ocasiones, la noticia de la llegada de una hueste de refuerzo era suficiente para que se levantase el campamento sitiador, evitando de esta forma la batalla campal. Cabe destacar que durante estos bloqueos fueron comunes las treguas. En estas se establecía un periodo acordado de días en el cual los sitiados podían buscar ayuda. Sin embargo, si, tras terminar este periodo, la ayuda no aparecía, se rendía directamente ese punto fuerte al enemigo. Este tipo de acuerdo benefició por regla general a ambos bandos, ya que permitía un paréntesis en las actuaciones bélicas y determinaba el resultado de la campaña. Como cabe esperar, estos pactos no siempre fueron respetados. En 1093, los valencianos no cumplieron su promesa de rendición tras terminar el plazo acordado, ya que, pese a que la ayuda no hubiese aparecido, los habitantes aún tenían la esperanza de un socorro de las tropas almorávides<sup>71</sup>.

Como conclusión para este segundo capítulo, cabe destacar una vez más la doble función, ofensiva y defensiva, de los puntos fuertes durante la época plenomedieval peninsular. Estas fortificaciones, cuyos mecanismos defensivos superaban en el apartado tecnológico a las herramientas ofensivas existentes para la destrucción de las

---

<sup>68</sup> García Fitz, 1998: 255.

<sup>69</sup> García Fitz y Gouveia Monteiro, 2018: 90.

<sup>70</sup> García Fitz, 1998: 265.

<sup>71</sup> García Fitz, 1998: 267.

murallas, suponían el control real de un territorio. Por esta razón, para conseguir hacerse con estos centros de poder político y administrativo<sup>72</sup>, era necesario ajustarse a las condiciones existentes de la época. Estas se fundamentaron en las técnicas de expugnación explicadas, es decir, la toma “*a furto*”, por la fuerza y el bloqueo. Las dos primeras, poco comunes, supusieron un gran riesgo para los atacantes debido al alto número de bajas y la baja probabilidad de victoria. El bloqueo, por otro lado, fue el método de conquista de un punto fuerte más generalizado. Para que este fuese efectivo, la preparación debía ser minuciosa, y representaba la última acción de conquista de un territorio. Previamente, debía haberse minado el poder y la capacidad del enemigo mediante las cabalgadas, devastando y debilitando de esta forma el poder y las defensas de esa población.

---

<sup>72</sup> Smail, 1956: 60.

### 3. La batalla campal en Castilla y León durante la Plena Edad Media

Cuando se estudian los enfrentamientos militares a campo abierto en la Península Ibérica durante el periodo plenomedieval, es pertinente partir de la base de que estos acontecimientos eran extraordinarios, pero también trascendentales. La concepción que los historiadores han tenido sobre estos conflictos armados ha variado a lo largo del último siglo. Cabe destacar que durante gran parte del siglo XX grandes historiadores como Ambrosio Huici Miranda entendieron estos enfrentamientos como episodios fundamentales para comprender los cambios sociopolíticos peninsulares durante el periodo aquí estudiado<sup>73</sup>. Sin embargo, y sobre todo a finales del siglo pasado, se ha ido fraguando una nueva visión sobre estos conflictos bélicos y su repercusión en los reinos peninsulares medievales, encabezada en España por historiadores como Francisco García Fitz. En la actualidad, las grandes batallas campales y su repercusión siguen siendo causa de debate.

Lo cierto es que, pese al riesgo y el bajo número de este tipo de acontecimientos, para muchos contemporáneos medievales estos grandes conflictos armados causaron una gran fascinación. Esto puede observarse en los escritos de personajes como el arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, quien presenció la batalla de las Navas de Tolosa. Esta fascinación es visible en su célebre *De Rebus Hispanae*. Muchos poemas medievales también giraron en torno a las batallas, como por ejemplo el *Poema de Fernán González*<sup>74</sup>.

Las batallas campales fueron acontecimientos de gran importancia, que ayudaban a forjar la fama y el prestigio de los grandes reyes y líderes militares. Esto fue tal hasta el punto de que varios monarcas recibieron apelativos y sobrenombres que ayudaban a recordar su participación en una batalla, escribiéndose en los documentos frases como “*que vençio en la batalla de...*” a la hora de presentar a un rey<sup>75</sup>.

Pero, aparte de ser un signo de prestigio para los grandes personajes de esta época, también es una realidad que las batallas presentaban un enorme riesgo para sus participantes. Los autores de *Las Partidas* distinguieron tres tipos diferentes de enfrentamiento abierto. La “*lid*”, que se fundamenta en un enfrentamiento en el cual no hay presencia de “*cabdillos*”, la “*facienda*”, enfrentamiento en el cual las huestes sí que

---

<sup>73</sup> Huici Miranda, 2000: 98.

<sup>74</sup> García Fitz, 1998: 281.

<sup>75</sup> García Fitz, 1998: 282.

están comandadas por un caudillo o señor, y la batalla, contienda en la que existía la presencia de un rey<sup>76</sup>.

### **3.1. La función estratégica de la batalla**

En el contexto de la guerra medieval peninsular, las batallas campales suponían una excepción. La mayor parte de la guerra se desarrollaba mediante la utilización de otras estrategias, ya mencionadas, basadas en las cabalgadas y los bloqueos de los puntos fuertes<sup>77</sup>.

La batalla no suponía una estrategia militar en sí, sino que era una consecuencia del resto de actuaciones bélicas que un dirigente hubiese llevado a cabo. Es cierto que existen excepciones en las cuales los dirigentes buscaron de forma premeditada una batalla campal, como en el caso de las Navas de Tolosa (1212)<sup>78</sup>. No obstante, lo más usual fue que una batalla se llevase a cabo como consecuencia de una acción anterior, ya fuese una cabalgada, un cerco, etc. Por ejemplo, cuando una hueste estaba bloqueando un punto fuerte, la llegada de tropas enemigas de socorro podían dar paso a una batalla si la fuerza cercadora no se retiraba del territorio<sup>79</sup>.

Como ya se ha mencionado, en el contexto de un asedio, la batalla también podía ocurrir como último recurso de los cercados, pudiendo conseguir así que se levantase un asedio. Sin embargo, esta acción era poco común debido a su alto riesgo, existiendo pocas crónicas que narren este tipo de acontecimiento. Un claro ejemplo de esta situación sí que puede estudiarse en Rodrigo Díaz de Vivar, quien, en 1094, salió al encuentro de las fuerzas almorávides que rodeaban Valencia para poner fin al asedio que los cristianos estaban sufriendo, terminando con la amenaza almorávide en la denominada batalla de Cuarte y motivado también por el botín que una victoria ante los musulmanes supondría<sup>80</sup>.

Pero la situación más habitual que generaba una batalla era la respuesta a una cabalgada. En ocasiones, este era un método eficaz para evitar que se comenzasen a realizar las correrías en el territorio. Un ejemplo de este tipo de respuesta ocurrió en el año 1086. Mientras el rey cristiano Alfonso VI cercaba la ciudad de Zaragoza, las fuerzas almorávides planificaron una serie de cabalgadas en el territorio del monarca.

---

<sup>76</sup> *Las Siete Partidas*, Segunda Partida, Título XXIII, Ley XXVII.

<sup>77</sup> Morillo, 1994: 2.

<sup>78</sup> Véase: García Fitz, 2005.

<sup>79</sup> García Fitz, 1998: 294.

<sup>80</sup> García Fitz, 1998: 299-301.

Ante esta situación, el rey castellano, que había obtenido una gran victoria al tomar la ciudad de Toledo el año anterior<sup>81</sup>, viajó al encuentro de las fuerzas musulmanas. Así se originó la batalla de Zalaca o Sagrajas, próxima a Badajoz, que supuso una gran derrota para las huestes cristianas<sup>82</sup>. Un siglo más tarde, en 1195, Alfonso VIII también se precipitó al optar por la batalla campal ante las fuerzas musulmanas<sup>83</sup>. En esta ocasión, el monarca cristiano hizo frente a las fuerzas almohades comandadas por al Mansur, de nuevo con el objetivo de detener las cabalgadas previstas en la campaña de depredación almohade. Una vez más las fuerzas cristianas fueron derrotadas por las musulmanas, en esta ocasión en la batalla de Alarcos<sup>84</sup>.

Pero estos ejemplos no deben tergiversar la concepción existente en esta época sobre la decisión de librar una batalla. Numerosos escritos realizados en los siglos XIII y XIV, como el *Libro de los Cien Capítulos*, continuando una tradición que se remonta a autores como Vegecio (s. IV) y otros tratadistas romanos, aconsejaban evitar el combate abierto en la máxima medida de lo posible, desarrollándose únicamente si fuese necesario<sup>85</sup>. Esto se debía principalmente a la gran incertidumbre que rodeaba a estos conflictos, los cuales suponían un enorme riesgo y gasto de bienes que muchas veces no compensaba el resultado y lo obtenido mediante una victoria<sup>86</sup>. Factores como la inferioridad numérica eran fundamentales y suficientes para no iniciar una batalla. Esta es una de las razones por la que muchas cabalgadas no se frenaron pese a existir un conocimiento acerca de las mismas<sup>87</sup>.

### **3.2. La batalla y su desarrollo. Los problemas de las fuentes**

Cuando se trata de reconstruir el ambiente bélico de estas batallas, existen una serie de dificultades que impiden ofrecer una visión clara de ciertos aspectos. Esto se debe principalmente a las exageraciones de los cronistas contemporáneos<sup>88</sup>, que en un intento de embellecer o dignificar estos acontecimientos no expresaban los datos de forma verídica. En este ámbito es preciso indicar que los objetivos de estos autores no era ofrecer una información completamente veraz, sino transmitir una serie de ideas y valores. Por otro lado, en algunas ocasiones la información de la batalla no quedaba

---

<sup>81</sup> García Fitz y Gouveia Monteiro, 2018: 4.

<sup>82</sup> Powers, 1988: 20.

<sup>83</sup> García Fitz, 1998: 307.

<sup>84</sup> García Fitz y Gouveia Monteiro, 2018: 86-87.

<sup>85</sup> García Fitz, 1998: 312.

<sup>86</sup> Smail, 1956: 139.

<sup>87</sup> García Fitz, 1998: 316.

<sup>88</sup> García Fitz, 2005: 478.

escrita por ninguna persona que presenciase el acontecimiento, sino que era narrada por fuentes posteriores a este. En ocasiones, existen también distintas versiones sobre un mismo enfrentamiento, como es en el caso de la batalla de Golpejera, que enfrentó a Alfonso VI con su hermano Sancho II en 1072. La *Crónica Najerense* describe cómo el Cid se enfrentó a 14 caballeros, consiguiendo así liberar a Sancho durante el enfrentamiento, mientras que Lucas de Tuy describe cómo, mientras Sancho huía, los leoneses se confiaron, lo que permitió realizar a los castellanos un contraataque al día siguiente aconsejados por el Campeador y que resultó en la captura de Alfonso. La *Primera Crónica General* junta ambas versiones, pero es imposible saber con certeza cuál fue el desarrollo exacto de estos acontecimientos<sup>89</sup>.

Un claro problema a la hora de analizar estos acontecimientos es el número de participantes. La exageración de las cifras fue algo generalizado entre los cronistas medievales, en especial cuando se describían las fuerzas enemigas. De esta forma, una derrota podía quedar justificada y una victoria era más gloriosa<sup>90</sup>. Pese a que sea una tarea complicada y no exista una precisión real, algunos historiadores como José María Gárate Córdoba han tratado de calcular el número de hombres que participaron en ciertos conflictos. Gárate concretó a partir del análisis del *Cantar del mio Cid* que en la batalla de Cuarte (1094) el bando cristiano debió de estar compuesto por alrededor de 8.000 hombres entre caballeros y peones<sup>91</sup>. Este número ya es considerable para una hueste de la época. En otro conflicto crucial de ese siglo como fue la batalla de Hastings de 1066, se calcula que cada bando contó aproximadamente con 7.000 combatientes. Es preciso reafirmar que comúnmente los contingentes fueron mucho más pequeños, ya que estas grandes batallas no fueron la norma. Por ello, las cabalgadas y consecuentes combates a campo abierto no solían superar bandos de centenares de hombres<sup>92</sup>.

La gran batalla de las Navas de Tolosa en el año 1212 supuso una excepción. Las cifras que aportaron los contemporáneos resultan desorbitadas<sup>93</sup>, pero da pie a entender que los contingentes fueron mucho más numerosos que en otros conflictos. Una fuente primaria, -como lo fue Arnaldo Amalarico, arzobispo de Narbona, dejó constancia de que 40.000 hombres ultramontanos se retiraron antes de la batalla, sin especificar cuántos se quedaron para combatir. También aporta que se dio muerte a

---

<sup>89</sup> García Fitz, 1998: 350.

<sup>90</sup> García Fitz, 2005: 477.

<sup>91</sup> García Fitz, 1998: 358.

<sup>92</sup> García Fitz, 2005: 479.

<sup>93</sup> García Fitz, 2005: 482-483.

60.000 musulmanes, cifra que resulta excesiva. En lo que sí que coinciden numerosas fuentes es en que, tras la toma de Calatrava por parte de las huestes cristianas en su avance hacia la batalla, fueron pocos ultramontanos (que formaban parte del grueso total del ejército cristiano, ya que habían sido convocados por el Papa Inocencio III para recuperar Salvatierra<sup>94</sup>) los que se quedaron a combatir, lo cual ayudaba a resaltar el mérito hispano en el resultado de la contienda. Ciertas crónicas del siglo siguiente ofrecen datos numéricos sobre este gran enfrentamiento. La *Crónica Geral de Espanha de 1344* afirma, al igual que la *Estoria de España*, que el monarca castellano llevó a 2.300 hombres de su reino junto a otros de distintos lugares, sumando un total de 14.000 hombres a caballo<sup>95</sup>, lo que resulta posible pero es una cifra muy elevada de tropas de caballería. Otra fuente de ese mismo siglo, la *Crónica de veinte reyes*, ofrece el dato de que hubo 26.000 hombres totales en la hueste cristiana<sup>96</sup>.

Lo que parece evidente es que muchos de los combatientes ultra pirenaicos se retiraron tras la reconquista de Calatrava. Posiblemente no más de 150 caballeros francos permaneciesen para el combate. A esto han de sumarse unos 200 caballeros navarros (dato aportado por el propio Alfonso VIII<sup>97</sup>) y 100 aragoneses<sup>98</sup>, ya que estos dos reinos también participaron en la contienda. Pero el grueso de las tropas cristianas estuvo compuesto por la caballería castellana, formada también por las milicias concejiles<sup>99</sup>. En total es improbable que la caballería de las Navas de Tolosa del bando cristiano superase a los 15.000 hombres<sup>100</sup>. Francisco García Fitz supone que, aproximadamente, pudo haber presencia de tres peones por cada caballero. Esto sitúa el número total del contingente en cerca de 60.000 hombres, número que él mismo estima poco realista, ya que representaría un ejército muy superior a cualquier otro en este periodo tratado. Las estimaciones del historiador Ferdinand Lot son mucho más bajas para esta batalla, pero también más razonables y realistas. Tan sólo se atreve a asegurar la presencia de 150 caballeros francos, 200 navarros y cerca de 1.000 aragoneses. A estas fuerzas le suma aproximadamente 1.500 caballeros castellanos, lo que supondría un total de 3.000 caballeros y el doble o triple de peones. Estas estimaciones, por tanto, son bastante más bajas, pese a suponer todavía una enorme hueste para la época. Otros

---

<sup>94</sup> Powers, 1988: 52.

<sup>95</sup> García Fitz, 2005: 484-486.

<sup>96</sup> García Fitz, 1998: 364.

<sup>97</sup> García Fitz, 2005: 485.

<sup>98</sup> García Fitz, 1998: 365.

<sup>99</sup> Powers, 1988: 54.

<sup>100</sup> García Fitz, 1998: 364.

historiadores como López Payer, Rosado Llamas, José Goñi o Carlos Vara, que han estudiado esta batalla y la cantidad de hombres minuciosamente, coinciden en cifras totales que no superan los 20.000 soldados cristianos<sup>101</sup>, un valor numérico que Fitz también considera ajustado a la realidad.

Sin embargo, sí que existe constancia de que, para esta particular batalla, el esfuerzo reclutador castellano fue enorme. Por ello es posible que la reunión total de todos estos hombres fuese superior a nada que los cronistas contemporáneos hubiesen visto hasta entonces, lo que pudo hacer difícil realizar aproximaciones numéricas para ellos. Pero, salvo en la batalla de las Navas de Tolosa, cuya concentración de tropas fue excepcional, resultaba una rareza que un ejército superase los 10.000 caballeros<sup>102</sup>, siendo más habitual que las grandes confrontaciones campales apenas superasen los 1.000 hombres a caballo. En 1231, por ejemplo, las tropas castellanas se enfrentaron a Ibn Hud en Jerez de la Frontera, con un posible contingente de 1.000 caballeros y 2.500 peones<sup>103</sup>.

### **3.3. Las tácticas utilizadas para la batalla. La importancia de la caballería pesada**

Dado el riesgo que suponían estos grandes conflictos para los combatientes, todos los factores que pudiesen influir en el resultado de las contiendas eran estudiados por los dirigentes militares. Entre estos, cabe destacar la elección del terreno y el posicionamiento de las tropas, algo observable en la documentación expuesta en el *Libro de los Doze Sabios*. Respecto a este tema, la obra explica cómo influyen en el combate “*los tiempos e los logares*”, incidiendo en aspectos como el posicionamiento del sol o la dirección del viento debido a las molestias que causaban la luz o el polvo durante el enfrentamiento. Por esta razón, era ideal tener el sol de espaldas a la hueste, de forma que el enemigo lo tuviese de frente. Si el viento soplaba a favor de la tropa, una estrategia consistía en prender fuegos para que los soldados enemigos respirasen el humo de las hogueras<sup>104</sup>. Don Juan Manuel también insistió en la importancia de las características topográficas del terreno, señalando factores como, por ejemplo, la importancia de las zonas arboladas para paliar la efectividad de la caballería<sup>105</sup>. Otros factores como las elevaciones y la arena (es decir, terrenos desérticos) eran efectivos

---

<sup>101</sup> García Fitz, 2005: 488-489.

<sup>102</sup> García Fitz, 2005: 481.

<sup>103</sup> García Fitz, 2005: 491.

<sup>104</sup> Smail, 1956: 159.

<sup>105</sup> García Fitz, 1998: 367.

para paliar la efectividad de una carga de caballeros, pero estas características influyeron más en otros ámbitos como las Cruzadas<sup>106</sup>. Por estas razones, los caudillos debían encontrar terrenos favorables a sus tropas, desde territorios llanos para realizar cargas<sup>107</sup> a lugares cercanos a un punto fuerte para poder encontrar refugio en caso de retirada y dar una seguridad psicológica a las huestes<sup>108</sup>.

Sin embargo, cuando se estudian los terrenos de las batallas, es preciso señalar que, en ocasiones, los propios cronistas inventaron con frecuencia características de los mismos. Para contrastar la información de las fuentes, historiadores como Huici Miranda han visitado personalmente algunos de estos terrenos descritos comprobando que no siempre se ajusta la realidad al escenario descrito<sup>109</sup>. Además, también es necesario incidir de nuevo en que, la mayor parte de las veces, ningún bando tenía ocasión de elegir un terreno propicio para la batalla, sino que el choque de fuerzas ocurría en lugares imprevistos, cuando una hueste alcanzaba a la contraria<sup>110</sup>.

En lo respectivo a las tácticas de la batalla plenomedieval, también es pertinente estudiar y diferenciar los papeles desempeñados por parte de la caballería y la infantería. Partiendo de esta diferenciación de tropas, todo indica la completa superioridad de la caballería pesada sobre el resto de las tropas entre los siglos XI y XIII, aunque seguramente también gran parte del XIV<sup>111</sup>. Aunque es posible que los cronistas se centrasen expresamente en este cuerpo militar debido a su propio estatus nobiliario o el de los destinatarios de sus textos<sup>112</sup>. Por ejemplo, expertos contemporáneos en el mundo de la guerra como don Juan Manuel escribieron centrándose casi únicamente al papel que debían desempeñar los caballeros<sup>113</sup>.

Pese a esta situación, debe tenerse en cuenta la presencia contrastada de peones como arqueros, ballesteros o infantería de a pie, que, pese a no ser considerados “*bellatores*”, sí que eran guerreros que participaban en la batalla. Esta infantería era más móvil y estaba al cargo de oficiales denominados almocadenes<sup>114</sup>. Estos eran los encargados de organizar a las tropas de infantería en distintas formaciones, como

---

<sup>106</sup> Smail, 1956: 183-84.

<sup>107</sup> García Fitz, 2005: 492.

<sup>108</sup> García Fitz, 1998: 368.

<sup>109</sup> García Fitz, 1998: 371.

<sup>110</sup> Smail, 1956: 179.

<sup>111</sup> García Fitz, 1998: 373.

<sup>112</sup> García Fitz, 2005: 500.

<sup>113</sup> García García Fitz, 2005.

<sup>114</sup> García Fitz, 1998: 375-378.

“muela” (en corro, formando un círculo que comúnmente defendía algo en su interior, ya fuese un botín o un dirigente), “muro” o “corral”, también denominado “cerca”<sup>115</sup>. Por lo tanto, puede afirmarse que la infantería cumplía una importante función defensiva que complementaba la ofensiva de la caballería, ya que eran los encargados de resguardar el campamento, el botín, etc., situándose comúnmente en la retaguardia<sup>116</sup>. Esto no significa que, en ocasiones, no cumpliesen una función ofensiva, algo que ocurrió con más regularidad entre las huestes musulmanas<sup>117</sup>.

Cuando se estudian las formaciones de caballería cristiana empleadas durante el combate se pueden distinguir distintas formas de agrupación. La más habitual, nombrada en variada documentación como *Las Partidas*, fue el “*haz*”. Esta formación se fundamentó en el posicionamiento de los caballeros en líneas, con un amplio espacio entre cada cuerpo de guerreros para poder atacar en varias oleadas<sup>118</sup>. La longitud de estas líneas permitía ataques laterales y envolventes. A su vez esta formación podía estar dividida en *conrois*, que eran tropas más pequeñas variables en número (entre una y cuatro decenas generalmente), que podían portar sus propios signos distintivos y que estaban fuertemente unidos por lazos vasalláticos o familiares. Otro dispositivo táctico de caballería fue la formación en “*tropel*”, como la denominaba don Juan Manuel. En este caso, las tropas a caballo formaban una columna estrecha y compacta, con más profundidad al haber varias líneas de caballeros con pocos hombres en cada una, normalmente destinadas para romper las *haces*. De igual forma fue común la formación en cuña o punta, con una vanguardia estrecha cuyas filas de caballeros aumentaban en número hacia la retaguardia. La formación en punta era por tanto estrecha en el frente y contaba con una gran capacidad de penetración<sup>119</sup>.

Cuando una hueste no era numerosa se desplegaba tan solo en una formación, distinta en función de las circunstancias de cada combate. Pero, cuando una hueste era excepcionalmente grande, podía dividirse la misma en distintos cuerpos de caballeros<sup>120</sup>, normalmente cuatro o cinco. Al frente se situaba la vanguardia, tras la cual se apostaba el cuerpo central, donde el caudillo solía encontrarse. En último lugar se encontraba la retaguardia, que podía servir como un muro protector para los bienes o

---

<sup>115</sup> García Fitz, 2005: 510-511.

<sup>116</sup> Smail, 1956: 171.

<sup>117</sup> García Fitz, 1998: 379.

<sup>118</sup> García Fitz, 1998: 385.

<sup>119</sup> García Fitz, 2005: 476, 503 y 513.

<sup>120</sup> Smail, 1956: 178.

para enviar hombres que respaldasen aquellos sectores de la hueste que necesitasen ayuda. A los costados se situaban las alas, que comúnmente tenían una función envolvente y podían atacar la retaguardia enemiga.

En cuanto a la caballería musulmana, cabe recalcar que los árabes y los bereberes del Magreb destacaron por su táctica del “*tornafuye*”. Esta se fundamentaba en ataques rápidos realizados por caballería ligera, seguidos de una retirada. Sin embargo, este método de guerra pronto fue sustituido por las tácticas cristianas, ya que la efectividad de estas fue superior<sup>121</sup>.

En el contexto militar plenomedieval cristiano, la importancia de la caballería pesada comenzó a ser observable a partir de la segunda mitad del siglo XI. Este nuevo cuerpo militar creció y se desarrolló de forma paralela al desarrollo y crecimiento de la jerarquía feudal y el poder que este nuevo sector de la sociedad comenzó a adquirir a partir de esta etapa<sup>122</sup>. En el campo de batalla, la superioridad de esta tropa fue posible gracias a una serie de innovaciones. Entre ellas, destaca principalmente la evolución de la lanza, comenzando a usarse una más larga y gruesa, dejando atrás la antigua jabalina ligera arrojadiza. También fue esencial el nuevo uso que se comenzó a dar al caballo como una herramienta para la guerra, aprendiendo a sacar provecho a la fuerza del animal y su capacidad destructora mediante el choque de las cargas de caballería pesada, algo que se sumó a las nuevas lanzas que se empleaban. Sin embargo, el equipo requerido era caro e inasequible para la mayor parte de la sociedad. Por esta razón tan sólo formaban parte de este cuerpo aquellos que podían dedicarse únicamente a la guerra, pagar por el equipo necesario y haber recibido un entrenamiento pertinente<sup>123</sup>. El objetivo de esta nueva formación era traspasar las tropas enemigas y desorganizarlas mediante cargas devastadoras, capaces de sembrar el pánico en el enemigo e impedir una reorganización práctica. Este tipo de actuación quedó reflejada en la *Primera Crónica General*, donde se describe la efectividad de la carga de las tropas montadas en la ya mencionada batalla de Jerez del año 1231. Para que este tipo de ataques obtuviesen resultado, era esencial la disciplina de los combatientes, quienes debían actuar como una unidad compacta de caballeros e impedir que la unidad de combate se dividiese<sup>124</sup>. En el transcurso de estas cargas de caballería pesada también era esencial la capacidad y

---

<sup>121</sup> García Fitz, 1998: 386-387.

<sup>122</sup> García Fitz, 1998: 389-390.

<sup>123</sup> García Fitz, 2005: 519.

<sup>124</sup> García Fitz, 1998: 391.

disciplina del caudillo<sup>125</sup>. Este era quien ordenaba cada ataque, que cuando era escalonado y requería de varias oleadas debía saber en qué momento mandar al combate un nuevo haz. De esta manera, era esencial saber aprovechar los estragos causados en el enemigo por cada haz de la mejor forma posible<sup>126</sup>.

Por lo tanto, puede afirmarse que las técnicas empleadas en la batalla campal y las tácticas de acercamiento hacia la misma tuvieron una enorme repercusión sobre el resultado final del combate. Pero no debe dejarse de lado la realidad de que, una vez el enfrentamiento llegaba al cuerpo a cuerpo, la batalla era una gran meleé. En este tipo de situación otros factores añadidos a las técnicas previas influyeron también en el resultado, algo sobre lo que contemporáneos de esta época como don Juan Manuel o el arzobispo de Narbona también escribieron. Entre estos aspectos cabe destacar la importancia de la superioridad armamentística o de la valentía, ya que el acto de huir desbarataba la efectividad de un ataque y producía el mayor número de muertes en la contienda<sup>127</sup>.

---

<sup>125</sup> Smail, 1956: 170.

<sup>126</sup> García Fitz, 2005: 522.

<sup>127</sup> García Fitz, 1998: 400.

## **Conclusión**

La guerra durante el periodo estudiado fue un proceso mucho más complejo de lo que determinó la historiografía medieval clásica durante gran parte del siglo pasado. Tradicionalmente no se ha considerado que existiese una estrategia militar en la Edad Media, pero esta disciplina se ha renovado de gran manera en las últimas décadas. Gracias al análisis de estos nuevos estudios es posible observar la complejidad de la guerra y cómo esta estuvo condicionada por una serie de factores, entre los cuales destacan los políticos, económicos o climáticos entre otros. Por lo tanto, puede afirmarse que sí que existió una estrategia a la hora de guerrear en la etapa medieval, determinante en los resultados de estas actividades. Además, la forma de hacer la guerra en la Península era, en esencia, similar al resto de Europa, aunque con algunas características propias.

El análisis de este apartado de la historia plenomedieval peninsular hace visible una clara generalización de la guerra indirecta sobre la directa durante estos siglos, debido a que esta forma de deteriorar un territorio enemigo se ajustó mucho más a los medios disponibles de los gobernantes cristianos entre los siglos XI y XIII. Por esta razón, la guerra indirecta, protagonizada por las cabalgadas y las incursiones realizadas en un territorio enemigo, fue mucho más común que los otros métodos de guerrear existentes en este periodo. Pero también es preciso señalar que existió una estrecha relación entre las cabalgadas y las otras dos operaciones militares expuestas en este trabajo.

En primer lugar, las cabalgadas, cuando se realizaban de forma efectiva, resultaron en el deterioro del territorio afectado y permitieron dar pie a los asedios de los puntos fuertes. Estos cercos suponían una enorme inversión de bienes y personas, por lo que era oportuno permanecer el mínimo tiempo posible en el territorio atacado y hacerse con el punto fuerte lo antes posible. Por esa razón, las cabalgadas facilitaban enormemente estas complejas operaciones, ya que debilitaban esa zona y dificultaban que la población de ese punto fortificado resistiese durante un largo periodo de tiempo. A este respecto cabe destacar que la posesión de los puntos fuertes supuso el dominio real de un territorio, por lo que era necesario hacerse con estos para poder conquistar de forma determinante un espacio en cuestión.

Pero también puede apreciarse una estrecha relación entre las cabalgadas y las batallas campales, ya que en numerosas ocasiones estas contiendas a campo abierto se

desarrollaron debido a la respuesta de un territorio ante la actuación de una cabalgada enemiga. En otras ocasiones, las batallas fueron el resultado de la respuesta a un cerco. Por lo tanto, este trabajo también ha permitido deducir que estos grandes acontecimientos bélicos no fueron el método de hacer la guerra preferente por los dirigentes militares, sino una respuesta a otras acciones previas. El botín obtenido en estos enfrentamientos no compensaba, por norma general, el enorme riesgo que suponía un enfrentamiento armado de estas características. Pero también es una realidad que estos combates existieron, pese a no ser comunes. Durante el desarrollo de los mismos, las fuentes documentales permiten observar la clara superioridad de la caballería pesada durante este periodo, siendo el principal brazo armado de los gobernantes medievales peninsulares durante estos tres siglos cuando se producía un combate de estas características.

Por lo tanto, puede afirmarse que la guerra medieval estudiada en este contexto fue un proceso complicado, pero también necesario para poder llevar a cabo la conquista de un territorio y conseguir la expansión de la frontera. La guerra se tradujo en distintos métodos de actuación, que a su vez presentaban distintos retos y dificultades. Para superar estas trabas, era necesario el empleo de distintas técnicas y estrategias, que cuando se desempeñaban de forma correcta y con la preparación previa oportuna, permitían la victoria. En el caso tratado, estas estrategias en el desarrollo de la guerra permitieron el éxito cristiano en los siglos plenomedievales, específicamente en el caso de Castilla y León. Un estudio en el campo militar peninsular de estos siglos permite, además de analizar los métodos de realizar la guerra, profundizar en otros aspectos sociales, políticos y económicos, ofreciendo un reflejo veraz de la sociedad plenomedieval peninsular. En última estancia, las estrategias empleadas en la guerra y su desempeño explican las causas de la expansión territorial en estos siglos y cómo se acabó con el equilibrio político entre dos culturas existente a comienzos del periodo estudiado.

## **Bibliografía**

García Fitz, Francisco y Gouveia Monteiro, Joao, *War in the Iberian Peninsula, 700-1600*, Londres, Routledge, 2018.

García Fitz, Francisco, *Las Navas de Tolosa*, Barcelona, Editorial Ariel, 2005.

García Fitz, Francisco, *Castilla y León frente al Islam*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1998.

Huici Miranda, , *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas*, Granada, Universidad de Granada, 2000.

*Las Siete Partidas del rey don Alfonso el Sabio, cotejadas con varios códices antiguos por la Real Academia de la Historia*, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2008.

Martínez Díez, Gonzalo (ed.), *Leyes de Alfonso X. I Espéculo*, Ávila: Fundación Sánchez Albornoz, 1985.

Morillo, Stephen, *Warfare under the Anglo-Norman Kings, 1066–1135*, Rochester, Boydell & Brewer Ltd., 1994.

Powers, James F., *A Society Organized for War: The Iberian Municipal Militias in the Central Middle Ages, 1000–1284*, Los Angeles, University of California Press, 1988.

Smail Charles R., *Crusading Warfare, 1097-1193*, Cambridge, Cambridge University Press 1956.